

y *quia* es el indicativo, «pero no se excluye en subjuntivo en contextos pragmáticos determinados» (p. 103), mientras que para las oraciones de *quoniam* el modo es el indicativo de forma constante (salvo estilo indirecto y contextos de atracción modal; p. 108). En cuanto al alcance la *consecutio temporum*, como era de esperar las oraciones de *quod* y *quia* se ven más afectadas que las de *quoniam*, ya que presentan un nivel de integración en la oración principal mayor. Las oraciones de *quoniam*, además, suelen preceder la oración principal, frente a las introducidas por las otras dos conjunciones, que suelen sucederla. Por último, las causales argumentales, es decir, requeridas por la predicación (con verbos *affectum*, entre otros), suelen estar introducidas por *quod* y en menor medida por *quia*, pero no por *quoniam* (pp. 117-127).

En la quinta sección el autor revisa diacrónicamente cada una de las tres conjunciones y de esta forma comprueba que hay interferencias entre ellas desde época clásica y que estas conjunciones van desapareciendo en latín postclásico para expresar la causalidad y se usan para introducir oraciones completivas, mientras otras conjunciones y locuciones las remplazan en su uso causal, como *propter quod* o *pro quod*.

En las conclusiones, recapitula el autor la información expuesta en las secciones anteriores y se señala cómo los procesos de gramaticalización de las conjunciones que expresan la causalidad han tenido y tienen procesos de gramaticalización paralelos en latín y en el paso a las lenguas romances, bajo la amenaza de una historia que se repite, también en las lenguas.

BERTA GONZÁLEZ SAAVEDRA

Università del Sacro Cuore (Milán)

CARAVEDO, ROCÍO, *Percepción y variación lingüística. Enfoque sociocognitivo*, Madrid/Fránkfort del Meno, Iberoamericana/Vervuert, 2014, 343 pp. ISBN. 9788484898306.

La llamada «lingüística variacional» deberá tener muy en cuenta, a partir de ahora, el magnífico trabajo de la profesora Rocío Caravedo centrado en la dimensión cognoscitiva de la variación de las lenguas a partir del instrumento principal de la cognición lingüística, la «percepción» (p. 9). Este manifiesto de intenciones acarrea un cambio de enfoque con respecto a los estudios tradicionales sobre el tema, pues no aborda la percepción para limitarse al análisis de actitudes o valoraciones, sino que pretende «entender la naturaleza y el funcionamiento de la cognición lingüística» de una forma exhaustiva (p. 9). La autora convierte el de la percepción en un mecanismo sustancial para definir los procesos de variación en las lenguas.

Con este planteamiento, intenta dar continuidad a trabajos anteriores suyos, entre los cuales se sitúa un libro de 1990 titulado *Sociolingüística del español en Lima*, inmerso en la corriente de investigación sobre

modalidades dialectales urbanas que en los años noventa del siglo pasado tomaron un gran impulso gracias a las teorías de William Labov. Los planteamientos teóricos y metodológicos del profesor americano, que entienden la competencia lingüística del hablante como un factor fundamental a la hora de interpretar los cambios, apuntan hacia la «facultad del cálculo probabilístico» como germen de los llamados «modelos probabilísticos multiplicativo y regresivo», que Labov desarrollará más tarde en trabajos firmados junto con Gillian Sankoff para explicar algunos de los mecanismos que la mente pone en marcha a la hora de «percibir y organizar la variación de la lengua» (p. 10). Todo ello sin perder de vista la importancia del factor estilístico a la hora de organizar la variación de acuerdo con «los grados de formalidad/informalidad discursivas», fundamentales para entender los mecanismos de percepción, conciencia y autocontrol de la variación de la lengua desde la perspectiva del hablante. Teorías que en fechas modernas ha retomado Penelope Eckert en diferentes trabajos publicados entre 2004 y 2008 (pp. 10-11).

En sus más de trescientas páginas, Rocío Caravedo da cuerpo a un trabajo que toma como eje central la variación, no solo desde la producción objetiva del hablante, sino, sobre todo, «desde su percepción subjetiva» (p. 11); la variación se ve así como el punto de partida de un proceso complejo que se origina en la mente del hablante y cuya primera fase es la percepción. Dicho con otras palabras, la autora trata de redefinir el concepto de *variación* para situar la percepción que los hablantes (también los «no legos», es decir, los lingüistas, constructores de discursos disciplinarios, p. 13) tienen de su propia lengua en el centro del debate sobre los aspectos cognitivos en el terreno de la lingüística.

El libro se organiza en tres apartados; el primero aborda los alcances, límites y propuestas de estudio de la percepción dentro del concepto tradicional de variación (pp. 15-46). La autora trata de dar respuesta a dos preguntas: «¿cómo ha sido percibida la variación?» y «¿qué rango se le ha asignado en la fenomenología del lenguaje?» (p. 15). Busca antecedentes históricos en la antigüedad griega y su necesidad de encontrar una justificación al carácter representativo del lenguaje (el *Cratilo*, de Platón), o las disputas entre «anomalistas y analogistas» de los estoicos y los alejandrinos, para llegar a las teorías medievales reflejadas en la obra de Dante, *De vulgari eloquentia*, que «reconocen la variación ligada al espacio y al tiempo como fenómenos naturales de las lenguas», siempre en consonancia con el carácter universal del lenguaje como facultad humana (p. 16). De ahí pasa a las reflexiones vinculadas con la gramática de Port Royal (siglo XVII) cuyo objetivo es la búsqueda de los universales del lenguaje. Luego las corrientes decimonónicas darán prioridad a los aspectos históricos y evolutivos de las lenguas, por lo que desplazan su interés hacia la variación y el cambio lingüísticos y convierten la dialectología en el campo por excelencia de la variación (p. 17). En el siglo XX, las tendencias

estructuralistas (salvo algunas de sus ramas, que sí incorporan la variación al estudio del lenguaje), las generativistas y las pragmáticas, se centrarán en lo invariable, mientras que las líneas dialectológicas, sociolingüísticas, antropológicas y otras orientarán sus pasos hacia lo variable en la lengua (p. 17). Habrá que llegar hasta Eugenio Coseriu para entender que es posible «integrar las diversas dimensiones extralingüísticas de la variación y de la invariación» (p. 18): lo diacrónico, lo diatópico, lo diastrático y lo diafásico, en lo que se refiere a la variación, con lo sincrónico, sintópico, sinstrático y sinfásico en lo relativo a la invariación, dentro de ese concepto de *arquitectura de la lengua* que articula la variabilidad en las teorías del lingüista rumano. Después las ideas inspiradas en Labov presidirán, en las últimas décadas del siglo XX y los comienzos del XXI, las corrientes de la investigación sociolingüística con una fuerte impronta del generativismo y el estructuralismo. Los enfoques cognitivistas, que recuperan las antiguas disyuntivas entre «lo universal/particular o lo constante/variable» han cobrado un extraordinario protagonismo en los tiempos actuales. Claves interesantes estas últimas que muestran de qué forma Rocío Caravedo se acerca al tema de la cognición sin desechar los planteamientos teóricos y metodológicos de la sociolingüística cognitiva.

En esta corriente de pensamiento se sitúa el libro que nos ocupa, primero para matizar el concepto de *social* en su articulación con lo cognitivo y, después, para defender la idea de que el lenguaje es, por encima de todo, social, entendido este concepto como «la condición colectiva de todas las lenguas, el hecho de que no pueda concebirse una lengua que no sea social» (p. 20). Este enfoque permite verificar que entre lo constante y lo variable no existe disyuntiva alguna y que ambos aspectos son complementarios. Declaración de intenciones que preside buena parte de este apartado del libro y que la autora se encarga de explicar de una manera rigurosa a lo largo del capítulo inspirada por «la necesidad de abordar tanto la variación y el cambio cuanto la invariación integradamente desde un enfoque cognitivo» (p. 21). Para ello, revisa e interpreta los conceptos básicos de la percepción en las teorías de William Labov: el binarismo interno del signo lingüístico, la equivalencia semántica de variantes, la variación y el cambio lingüísticos, la autonomía del significado representativo o referencial, así como el carácter discreto y segmentable de las unidades. En su exposición no se limita a presentar al lector el alcance de estos términos, sino que los comenta, interpreta, crítica si es preciso y, al final, propone la manera de superar sus deficiencias para lograr una aproximación completa y cabal a la base cognitiva de todos estos fenómenos.

El segundo capítulo, titulado «La percepción en la cognición lingüística» (pp. 47-126), se entiende como la columna vertebral del estudio de Rocío Caravedo; en él trata de delimitar el concepto de «percepción» (instrumento por excelencia para la cognición de los hablantes) aplicado a la variación y a la invariación, a través de una tipología que tiene muy en cuenta las tesis

de John Searle expuestas en 1995 en su obra *The construction of social reality*. En este capítulo cobra un extraordinario protagonismo la idea de *cognición*, como veremos.

En primer lugar, analiza los conceptos de *invariación* y *variación* en los estudios lingüísticos (pp. 47-55). Caravedo los considera como «hechos con un denominador común en la cognición y en el funcionamiento» de la lengua, «cuyas condiciones particulares pueden modificarse a través del tiempo» (p. 48). Para sostener su postura, revisa las tesis de Jakobson (y de la Escuela de Praga) sobre el concepto de *invariante* referido al plano fonológico de las lenguas y circunscrito a los rasgos distintivos, es decir, «a los que poseen capacidad discriminativa de significado referencial en una lengua dada» (p. 49). Hipótesis respaldada después por Siegel e incluso por Labov cuando hablan de la capacidad que poseen las formas fónicas de diferenciar significados referenciales. Rocío Caravedo reflexiona sobre estas tesis y tiene en cuenta que el proceso de captación de las invariantes frente a las variantes se inscribe en el orden fonológico y, por ello, «supone una percepción analítica del aprendiz capaz de segmentar unidades mínimas o rasgos distintivos» que constituyen piezas clave para todas las formaciones lingüísticas mayores reflejadas en el discurso (p. 51). De ahí que afirme que, cuando se trata de explicar los mecanismos de la captación léxica o sintáctica, los puntos de vista sean diferentes. Evoca aquí los estudios de Michael Tomasello sobre los orígenes de la comunicación humana y la adquisición de las estructuras sintácticas por parte de los hablantes, que Caravedo considera insuficientes para entender, en su justa medida, la extraordinaria complejidad de la cognición lingüística; por eso vuelve su mirada hacia «el postulado searleano sobre la ontología social del lenguaje» (el lenguaje como construcción social) para defender una de sus hipótesis principales: que el ser humano no solo capta las diferencias materiales que contribuyen a las delimitaciones representativas de las lenguas, sino que adquiere a la vez las asociadas a su entorno social a través de la modalidad materna, que nunca está aislada de la sociedad (p. 53). Reflexión sumamente interesante, que aclara por qué todo individuo aprende primero una «variedad local» de su lengua que percibe, en esos primeros estadios, cuando no tiene la posibilidad de contrastar con otros modelos, como *invariable*. Más tarde, al ensanchar sus competencias, estará capacitado para percibir la variación primero estilísticamente y, más tarde, dentro del grupo al que corresponde. Compatible, una vez más, con las teorías jakobsonianas y labovianas sobre el hecho de que la percepción de la variación es posible solo si se confrontan dos formas relativas a dos modelos desiguales.

Después aborda los «mecanismos de la cognición» (pp. 55-63), aquellos que se relacionan con la «captación», «fijación» y «reproducción» del patrón lingüístico de una comunidad determinada, distribuidos en lo que Caravedo designa como etapas o «fases cognitivas», que más adelante

explica con todo detalle (pp. 83-88): una primaria (la adquisición del lenguaje) y otra secundaria (el desenvolvimiento normal del individuo una vez que ha completado su proceso adquisitivo). Ambas se relacionan con otros períodos dentro del proceso de percepción: el adquisitivo, el del aprendizaje y, por último, el estable, fundamentales para entender el mecanismo de la percepción desde un punto de vista cognitivo o, si se quiere, sociocognitivo.

La explicación de los conceptos de «subjetividad» y «normatividad» aplicados a la percepción lingüística (pp. 63-76) constituye otro de los apartados interesantes de este capítulo. Ambos provienen de las tesis de Searle, referencia clave en el trabajo de Caravedo, sobre la filosofía de la construcción social. La «subjetividad» sería «una relación de dependencia de un objeto respecto de un sujeto observador» (p. 65) y el «componente normativo», el vínculo que explica que los hablantes están guiados de forma natural «por un sentido normativo en el modo de hablar una lengua» (p. 65). Propuesta muy atractiva, respaldada por la autoridad de los estudios de Tomasello, Bartsch, Geeraerts, Lara, Wright, entre otros, que han defendido, desde diferentes perspectivas, la importancia de la normatividad en la regulación de las lenguas.

Entramos así en el «desarrollo de la percepción» (pp. 76-88) como herramienta principal en el proceso de la cognición que conecta el mundo interior con el exterior y, como asunto lingüístico, es inseparable de los aspectos conceptuales del lenguaje, pues «va dirigida a la producción, a la manifestación del conocimiento en la actividad lingüística o en la actividad por excelencia, que es el hablar» (p. 77). Esto supone que «percepción» y «producción» son nociones inseparables en la perspectiva central del estudio de Rocío Caravedo, como se deduce de la lectura e interpretación de las fases cronológicas que determinan el proceso de la percepción: el llamado «periodo adquisitivo» o «fase primaria» el «periodo de aprendizaje» o «fase secundaria» y el «periodo estable» o «fase terciaria» (p. 80), cuya explicación es necesaria para que el lector entienda esa visión de la percepción como un mecanismo esencial dentro del paradigma cognitivo. Las dos primeras implican desarrollo gradual en el conocimiento; la tercera, estabilidad o fijación. Este interesante apartado aborda las tres fases cronológicas señaladas a partir de dos situaciones concretas: primero, la del individuo en un contexto familiar monolingüe y, después, en situaciones más complejas como son las del contacto de lenguas en contexto migratorio.

El enfoque cognitivo del libro permite a la autora tomar como enfoque la perspectiva neurobiológica para explicar los conceptos de «valoración» y «afectividad» en la percepción (pp. 89-98). Siguiendo a Edelman, Zimmermann, Schumann, Locke, entre otros, desarrolla algunos de los mecanismos que, desde el ámbito de la neurobiología, sirven de apoyo a la discusión sobre la naturaleza de la percepción dentro del conocimiento de las lenguas (p. 89) y explica de qué forma, funcionan los mecanismos

de adquisición del lenguaje humano. La «valoración» se define aquí como una «expresión calificativa» aplicada a una lengua, a una variedad, a un modo de hablar que constituye una manifestación de la percepción, puesto que solo es posible valorar algo si previamente ha sido percibido (p. 95). Finalmente, el concepto de afectividad se deduce de las teorías de White en un estudio de 2011 (que no aparece registrado en la bibliografía final) en el que agrupa en tres categorías distintas el lenguaje evaluativo (el afecto, el juicio y la apreciación). Ideas que la autora desarrolla con la mención de estudios centrados en la idea de valoración en el ámbito andino, mexicano y argentino (p. 98).

Llegamos a descubrir así las «características de la percepción», presentadas con todo lujo de detalles a lo largo de varias páginas repletas de datos y explicaciones sugerentes. Según Caravedo, la percepción es *selectiva* (porque un objeto no se percibe de modo exhaustivo, y la representación de lo percibido no es copia fiel de la realidad sensorial), *orientada* (se refiere a la dirección que toman las preferencias lingüísticas que los hablantes reciben de su entorno social) y *diversa* (porque ni siquiera los hablantes de una lengua comparten el mismo carácter perceptivo sobre ella). Los tres conceptos son complementarios; no se contradicen, porque a la hora de observar la realidad entra en juego la dimensión individual del perceptor, que es capaz de fundirse con la colectiva. Estas explicaciones sustentan las tesis en torno a la dirección interna o externa de la percepción y la autopercepción, que habla de la conciencia que se tiene hacia la propia variedad. El capítulo concluye con la constatación de que los recursos analíticos y sintéticos del mecanismo de la percepción son imprescindibles, lo mismo que los criterios de tipo práctico que permiten organizar la percepción y orientarla hacia un tipo de fenómenos que podrían calificarse de «cambiantes», como son la recurrencia y la prominencia (pp. 113-125).

La tercera parte debe entenderse como la aplicación práctica o el soporte real de las propuestas teóricas desarrolladas en las páginas precedentes. Por cuestiones metodológicas, se organiza en tres grandes bloques en los que se toman en consideración los fenómenos sonoros, los sintácticos y los léxicos, según agrupaciones jerárquicas tradicionales, pero tratados «en su realización en el ámbito del discurso, que no es sino la expresión de la función comunicativa del lenguaje» (p. 128). De la percepción fonética se ocupa en las páginas 129-158, para abordar los principales fenómenos fonético-fonológicos del español actual desde el punto de vista de su percepción por parte de los hablantes, es decir, teniendo en cuenta la base cognoscitiva de los hablantes y su influencia en la variación desde la perspectiva del receptor. En sus concepciones iniciales, toma en cuenta el concepto de sistema fonológico como «conjunto de variables» heredado de Searle y, lejos de las propuestas labovianas, sostiene que cada variable no constituye una unidad segmentable sino un conjunto de posibilidades

que la propia Caravedo, en estudios anteriores, denominó «espacio de variabilidad» (p. 130) en referencia a todo un cúmulo de posibilidades perceptivas que no puede entenderse al margen de las vacilaciones estilísticas o reajustes estilísticos de diferentes modalidades, incluso cuando se trata de un mismo hablante. Con estas bases, explica las conexiones que pueden establecerse entre los espacios de variabilidad y la percepción y discrimina una serie de fenómenos a partir de las diferencias entre variación funcional y no funcional para explicar algunos de los fenómenos fonéticos más destacados en el español actual: el tratamiento de /r/ y /l/ implosivas; la distinción entre los fonemas /s/ y /θ/ en algunas áreas del dominio hispánico y la neutralización de sus diferencias en otras, a favor de /s/; la aspiración de la sibilante /s/ en posición final de sílaba; el tratamiento de la /d/ intervocálica y otros fenómenos que van descubriendo al lector nuevas formas de aproximarse a la realidad fonética del español contemporáneo.

Los asuntos relativos a la percepción sintáctica y léxica se abordan después con un enfoque que tiene muy en cuenta la concepción estructuralista, pero toma el significante del signo como «variación material expresada en el concepto operativo de *variable*» (p. 158). Caravedo admite ese carácter bilateral del signo como la unión del significante y el significado, pero intenta dotar de una dimensión nueva a la interpretación tradicional del significado. Según sus propias palabras, la definición de variable se adapta perfectamente a los fenómenos fonéticos, pero cuando se aplica a estratos superiores da origen a numerosas disputas «sobre la viabilidad de la extensión del principio de equivalencia del significado más allá de la fonología» (p. 158). De esta forma el concepto de *variabilidad* o, mejor, de *espacio de variabilidad*, se extiende al plano conceptual, porque la variación fluctúa en áreas conceptuales distintas y se crean espacios de intersección que dan origen a puntos limítrofes o «zonas borrosas» en las que confluyen diferentes valores que complican, a la larga, la «individualización de variantes» (p. 159). La tarea del lingüista será identificar esas zonas borrosas y tratar de analizarlas, y esto es lo que hace Caravedo en las páginas 161-255 al interpretar, en el plano sintáctico, ciertos campos relacionados con diferentes valores lógicos (espaciales, temporales, causales, en oraciones subordinadas introducidas por adverbios, preposiciones, conjunciones o los sintagmas a que dan lugar). Es este un capítulo muy interesante, lleno de ejemplos excelentes que ayudan a asimilar mejor las complejidades derivadas de la percepción sintáctica en los ámbitos delimitados por Caravedo. Además, la autora tiene la deferencia de ofrecer al lector una síntesis muy clara de los valores estudiados (pp. 227-228), antes de profundizar en los problemas de la percepción en el plano léxico (sinonimia y polisemia, sobre todo), en el que también se encarga de sintetizar al final el extenso planteamiento que le lleva a constatar que los desajustes que adivinamos en la percepción del significado son inseparables

de las diferencias entre espacios de variabilidad conceptuales aplicados a una misma forma léxica. En esta línea debería organizarse la investigación futura en el plano del léxico de las lenguas.

El último apartado de esta tercera parte de la obra retoma, para llevar a cabo una aplicación práctica, el tema de la percepción en el contacto lingüístico por migración (pp. 255-313). Con él trata de llenar un vacío en el ámbito de los estudios sobre la incidencia de la percepción en los fenómenos producidos por el contacto lingüístico (p. 255). Para ello, después de revisar la escasa bibliografía científica disponible, aborda el concepto de «espacio mental», protagonista de la diversidad lingüística. Caravedo, tras revisar las perspectivas ligadas a la dialectología tradicional, a los postulados labovianos sobre la movilidad de los dialectos en situaciones de contacto, comprueba que los espacios en los que discurren las lenguas como realidades materiales no tienen el mismo valor ni las mismas características para todos los seres humanos. Parte incluso de las valoraciones lingüísticas de los propios hablantes son creencias o suposiciones sin correspondencia precisa con la realidad; por eso pueden ser falsas, imprecisas o arbitrarias. En este planteamiento es útil la triple división entre «orden material», «orden social» y «orden mental» con los que la autora identifica el proceso complejo de la percepción en este ámbito. La autora habla de desplazamientos migratorios y sus consecuencias, reflejados en casos muy precisos circunscritos a la variedad andina peruana y sus transformaciones como punto de partida para hablar de la falta de ajuste entre los sistemas perceptivos externo e interno. Los resultados de esta investigación le llevan a constatar que el sistema valorativo de los hablantes que remiten a una misma lengua no se produce en la coexistencia migratoria, como podría suceder en un país de lengua extranjera, sino que procede de una tradición cultural previa, que se continúa pero que también puede alterarse, según las interrelaciones que se establezcan entre ambos grupos (p. 313).

Las últimas páginas del volumen ofrecen la lista de referencias bibliográficas que han servido a la autora para llevar a cabo este análisis ejemplar de la percepción y la variación lingüística desde un punto de vista sociocognitivo. El libro está lleno de sugerencias, de ideas para dar nuevos enfoques al estudio de la variación y superar con ellos algunas de las deficiencias que actualmente se descubren, en muchos casos, en el análisis de la variación lingüística según planteamientos teóricos y metodológicos obsoletos. Es un libro denso, desde el punto de vista conceptual, cuya lectura exige altas dosis de concentración. Y ese es uno de sus grandes logros, como también lo es el de despertar la curiosidad en el lector interesado y mostrarle que son muchos los espacios que quedan por explorar en esta parcela de la investigación lingüística.

PILAR MONTERO CUIEL
Universidad de Extremadura